

Enterprise, año uno

Star Trek 11 Dirigida por J. J. Abrams. Con, entre otros, Zachary Quinto (Spock), Chris Pine (Kirk), Eric Bana (Nero), Zoe Saldana (Uhura), Anton Velchin (Checkov) y la participación de Winona Ryder y Leonard Nimoy

XAVIER PÉREZ

LA VANGUARDIA, CULTURA (S), 20.05.09

En *Arctic radar*, episodio de *El ala oeste de la Casa Blanca*, el asesor presidencial Josh Lyman, admirador declarado de *Star Trek*, despachaba, muy a su pesar, a una secretaria de su gabinete en periodo de pruebas a causa de la compulsiva obsesión *trekkie* de la recién llegada. Con este gesto al fin y al cabo protector, Lyman establecía una frontera racional entre su admiración ético-estética por la serie y el fetichismo enciclopédico de su subordinada. Bajo la apariencia de un tirón de orejas al fundamentalismo fan, el guionista Aaron Sorkin estaba, en realidad, rindiendo homenaje a una serie que bien puede hoy ser leída como espejo de los grandes valores de la ficción democrática que el propio Sorkin ha canalizado mejor que nadie en la televisión contemporánea. *Star Trek* es, en efecto, un cuento utópico sobre una humanidad ajena a toda idea de racismo y xenofobia, sustentada en la necesidad de distensión, y velada por un grupo de fieles guardianes que, como encarnaciones futuristas de una caballería dispuesta a fomentar el ideal demócrata de un perenne Camelot galáctico, hacen circular corrientes de amistad por el ala oeste de una nave blanca llamada *Enterprise*.

Ser fiel al ideario luminoso de Gene Roddenberry, el recordado creador de *Star Trek*, ha sido una de las apuestas clave de J. J. Abrams y su equipo

de guionistas a la hora de relanzar cinematográficamente la gran saga. La camaradería a prueba de bombas que, a pesar de los recelos iniciales entre Kirk y Spock, se da en la *Enterprise*, supone una verdadera novedad respecto a la serialidad paranoica post-11-S, que, en clave de ciencia ficción, tiene, en *Battlestar galactica* (otro revival de una épica añeja) su más claro exponente. Si esta notable teleserie de la era Bush basa todo su poder de seducción en la desconfianza entre los abrumados miembros de la nave, la sonrisa solidaria que nos sabe regalar la joven tripulación de la *Enterprise* implica un nuevo cambio de paradigma que, tal vez por azar, ha coincidido con la súbita inyección de optimismo fomentada por ese émulo de la política ficticia de Aaron Sorkin que es el verdadero presidente Barack Obama.

Tal renovación ha pasado, también, por un explícito rejuvenecimiento de los héroes. La operación recuerda a la que, en su día, la editorial DC propuso a sus lectores en el cómic *Crisis en tierras infinitas*: facilitar, mediante un renovador efecto apocalíptico, un nuevo comienzo para las excesivamente saturadas historias de *Batman*, *Superman* y tantos otros superhéroes. Mediante una paradoja espaciotemporal que no puede extrañarnos proviniendo del creador de *Perdidos*, este *Enterprise año uno* que es la actual *Star Trek* se permite relanzar, del mismo modo, un nuevo universo biográfico para sus protagonistas ahora inesperadamente testosterónicos. Y es gracias a este frenesí postadolescente, tan típico de Abrams, que el fondo conciliador y utópico del nuevo *Star Trek* se aleja de la lentitud discursiva de otras épocas. El optimismo de fondo, ahora declinado en clave juvenil, permite, al contrario, activar un espíritu *pulp* explícitamente deudor de los más trepidantes logros del cine galáctico de George Lucas.

El imaginario visual de la película parte de la confrontación central entre una oscura nave romuliana, concebida como una inmensa y devoradora *vagina dentata*, y la esbelta claridad ósea de la *Enterprise*. Ese choque plástico de fuerzas antagónicas jamás está tratado con solemnidad o pedantería. El futurismo trepidante que anima los múltiples lances a que se arrojan con cómplice jocosidad sus dinámicos protagonistas contiene un excedente visual medianamente tosco, de neta serie B, que aleja el filme de todo esteticismo grandilocuente. Y es en ese clima de amor por la aventura que los personajes se adentran en un territorio fílmico que es una pura celebración del movimiento.

Un movimiento, eso sí, perfectamente inscrito en la gramática audiovisual de última generación que caracteriza la gestualidad creativa de J. J. Abrams. Así, la geometría casi fractal de tantas situaciones límite, el montaje sincopado, el temblor de la cámara a la caza del gesto en caída libre de los héroes, y el poderoso andamio musical del imprescindible Michael Giacchino, evidencian el alcance netamente fílmico de los anteriores logros televisivos del avisado productor de *Monstruoso*. De *Alias* a *Fringe*, pasando por la pluscuamperfecta experiencia de *Perdidos*, la energía y la celeridad que canalizan estas series justamente adictivas, se han visto definitivamente amplificadas en su tránsito al cine.